

LOS SAUDOSOS CAMPOS DEL MONDEGO EN UNAMUNO

OS SAUDOSOS CAMPOS DO MONDEGO EM UNAMUNO

THE YEARNED-FOR MEADS OF MONDEGO IN UNAMUNO

Ángel Marcos de Dios

Universidad de Salamanca

RESUMEN

Desde su llegada a Salamanca (1891), Unamuno se sintió profundamente atraído por la cultura, historia, literatura..., portuguesas. Uno de los temas que más le sedujo (hasta el final de su vida) fue el de los amores de D. Pedro e Inés de Castro. Los ensayos “Coimbra” y “Alcobaça”, marco de los amores y sepultura de los amantes, son los más reveladores de esta historia. La poesía erótico-elegíaca (que es, prácticamente según Unamuno, toda la poesía portuguesa) está penetrada del dulce paisaje lusitano, objetivado sugestivamente, en el presente caso, en el verso camoniano *nos saudosos campos do Mondego*.

Palabras-clave: D. Pedro e Inés de Castro, río Mondego, Coimbra, Alcobaça, Unamuno paisajista

RESUMO

Até à sua chegada a Salamanca (1891), Unamuno conhecia muito pouco da cultura portuguesa. Mas já desde esta cidade viaja frequentemente a Portugal, onde consegue numerosos amigos que o encaminham ao descobrimento de um povo (literatura, história, psicologia...) irmão do espanhol. Homem de paixão, Unamuno é subjugado pela história dos funestos amores de D. Pedro e Inês de Castro, história evocada em numerosos ensaios. A esta tragédia estão associadas Coimbra (berço dos amores) e Alcobaça (sepulcro dos amantes), cujas paisagens sensibilizaram profundamente Unamuno.

Palavras-chave: D. Pedro e Inês de Castro, rio Mondego, Coimbra, Alcobça, Unamuno paisagista

ABSTRACT

Until his arrival in Salamanca (1891), Unamuno knew very little about Portuguese culture. But from this city he would often travel to Portugal, where he started numerous friendships that led him to the discovery of a nation (its literature, history, psychology ...) akin to Spain. A man of passion, Unamuno was overwhelmed by the history of King D. Pedro and Inês de Castro's tragic love affair, a story evoked in several of his essays. This tragedy is associated with both the cities of Coimbra (the birthplace of their love) and Alcobça (the sepulcher of the lovers), whose landscapes deeply moved Unamuno.

Keywords: King D. Pedro and Inês de Castro, Mondego river, Coimbra, Alcobça, Unamuno as a landscape writer

Mientras arde e incendia la guerra por esa Europa adentro, ¡qué encanto el de vivir en el remanso de paz de este rincón del pequeñito Portugal, lejos de horrores y junto al mar suspirante! Y desde aquí, desde esta playa de Figueira da Foz, esto es, de la hoz del Mondego a ver una vez más la ciudad de encanto, cuyos pies bañan las lágrimas del Mondego, henchidas de recuerdos de la tragedia de Inês de Castro.

Así comienza el ensayo “Coimbra”,¹ escrito en 1914 y en la paz de Portugal que siempre le acompañó y que él confiesa reiteradamente.

1 Este artículo, publicado en 1914, se puede leer en Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, vol. I: 426-430. En adelante, los textos unamunianos que se citen en este trabajo corresponden a estas *Obras Completas* (en adelante bajo la signatura OC), 9 vols., Madrid, Escelicer, 1966-1971, donde se especifica, en nota, el título del artículo o ensayo y año de publicación; a

Unamuno, que ya conoce varias narraciones de la historia de Inés de Castro, no puede por menos de dedicar aquí un recuerdo a esos trágicos amores, leitmotiv, por otra parte, de muchos pasajes en varios de sus artículos. Y de tal manera le sedujo esta historia que con frecuencia en sus artículos habrá alusiones hasta los últimos días de su vida².

Y no solo esto, sino que el verso camoniano (del título de este artículo) se repite varias veces en sus escritos, sobre todo en los ensayos sobre Portugal. Es el resultado, por otra parte, de la condición erótico-elegíaca que atribuye a la poesía portuguesa. Es curiosa, por ello, la atracción que ejerció en el Rector de Salamanca, un autor que no se distingue por sus escritos de temática amorosa (sus novelas o novelas están muy lejos del enredo amoroso), el episodio de los amores de D. Pedro e Inés de Castro.

Unamuno había asimilado también la sucinta narración de estos amores *-o grande desvayro* (como él mismo había leído en Fernão Lopes)- en diferentes historiadores portugueses, sobre todo de Rui de Pina, aunque son las referencias poéticas camonianas, en especial las de *Os Lusíadas*, las que, en los entornos de los paisajes de Coimbra

continuación, se indica el volumen (de esta edición) y la página correspondiente, para que el lector, con la lectura del texto completo, pueda contextualizar cada uno de ellos.

2 El otro leitmotiv de temática amorosa de sus escritos sobre Portugal se encuentra en el *Amor de Perdição*, también verdadero paradigma del alma erótico-elegíaca portuguesa: “Hay, a este respecto, una obra portuguesa honda y ahincadamente representativa, una obra henchida de pasión dolorosa. Es el *Amor de Perdição*, de Camilo Castelo Branco. Pocas cosas podéis leer de más trágica y de más reconcentrada pasión. Y en ella hay también, junto a la Inés de Castro, que aquí es Teresa Clementina de Albuquerque, una especie de Constanza, Mariana, que no siendo ni esposa de Simão Botelho, el enamorado de Teresa, le acompaña y le sirve en su prisión, y luego que él muere en el buque que lo lleva al destierro, se arroja al mar abrazada al cadáver de aquel a quien amó sin poder ser correspondida. Pocas figuras, en las literaturas todas, más firmemente trazadas que la de esta Mariana” (“Eugenio de Castro” [1907], OC I: 185).

y Alcobaça, le llevan a las sublimes evocaciones de los trágicos (y por él admirados) amantes.

Los ensayos “Coimbra”, “Alcobaça”, “Guarda”, “Eugenio de Castro”..., además del artículo “La tragedia de Inés de Castro”³, son los referentes más claros de esta temática en sus escritos sobre Portugal, aunque conoce también la frecuencia del tema en las literaturas de España, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Holanda... Sin embargo, la insistencia que ejerce en su sentimiento esta fascinante historia se intensifica con la evocación *in situ* en sus visitas a la Quinta das Lágrimas y al Monasterio de Alcobaça. Es en su visita a este último (hace este viaje desde Lisboa al monasterio bernardo en solitario, y únicamente para visitar la tumba de los célebres amantes: no sabemos que visitara los Jerónimos, la Torre de Belém, Mafra...), donde Unamuno, en una confesión de irresistible sentimiento, se deja cautivar por una atmósfera de recogimiento y plenitud espiritual tan profunda como la que en su adolescencia y juventud (antes de las grandes crisis religiosas, que marcarán profundamente su vida) le habían imprimido su asistencia a misa y comunión diarias.

³ El artículo “La tragedia de Inés de Castro” (OC IV: 1332-1336), motivado por la obra de Antero de Figueiredo *Dom Pedro e Dona Inês*, que el propio autor le envió, no es más que un comentario y resumen temático del libro (con alguna incursión alusiva al *Amor de Perdição*, de Camilo ¡no podía ser menos...!) y no participa del aura poética que rodea a la evocación unamuniana de estos amores en otros ensayos. Es curioso el hermanamiento unamuniano de las más trágicas “heroínas” camilianas con Inés de Castro. En esta perspectiva, el artículo “Alcobaça” tampoco podía por menos de aludir a su venerado Camilo: “En aquellos días en que visité en Alcobaça la tumba de Inés, leía *A Mulher Fatal*, de Camilo Castelo Branco; de Camilo, el que nos ha dado en sus novelas, toda el alma trágica, fatídica, patética de Portugal”.

Me volví a la iglesia, ahora con el guardián. Mostróme el altar en que se representa la muerte de San Bernardo, escena algo teatral, que parece de un gran nacimiento de cartón, de esos de Navidad, pero no sin su efecto. Un fraile pétreo llora eternamente, llevándose el blanco manto a los ojos, no sé si la muerte de su santo padre San Bernardo o la trágica historia de Inés de Castro. Porque enfrente de este altar cierra una pobrísima verja de madera la capilla en que descansan por fin los restos de la infortunada amante de don Pedro I.

Me llevó el guardián ante los túmulos de don Pedro, de Inés y de sus hijos, y le pedí que se fuera, dejándome solo. En mi vida olvidaré esta visita. En aquella severísima sala, entre la grave nobleza de la blanca piedra desnuda, a la luz apagada y difusa de una mañana de otoño, las brumas de la leyenda embozaronme el corazón. Una paz henchida de soledades parece acostarse en aquel eterno descansadero. Allí reposan para siempre los “los amantes, juguetes que fueron del hado trágico”. Como aves agoreras veníanme a la memoria los alados versos de Camoens al contemplar el túmulo de la

*Aconteceu da mísera e mesquinha
que, depois de ser morta, foi rainha.
Tu, só tu, puro amor, com força crua
que os corações humanos tanto obriga.
[Os Lusíadas, 337-338]*

quiere, áspero y tirano, bañar su ara en sangre humana.⁴.

Continúa el artículo con la descripción vagamente arquitectónica de la iglesia, un templo que, por su desnudez formal, contribuye

4 “Alcobaça” [1908], OC I: 251.

también a sumir al visitante en un aura de recogimiento y gravedad. Y es en la narración histórica del ya rey don Pedro, mezclando leyendas e historia (la *Historia de Portugal* de su admirado Oliveira Martins), cuando Unamuno no puede por menos de glosar e interferir en el relato, volviendo, de nuevo, a la evocación de *Os Lusíadas*:

¿No recordáis la historia trágica de sus amores con Inés, que Camoens, más que otro poeta, ha eternizado? Allá hacia 1340 fue la linda Inés de Castro, la gallega, a Portugal como dama de la infanta Constanza, la mujer de Pedro, el hijo de Alfonso VI. Y fue la “mujer fatal”, que diría Camilo. El hado trágico les hizo enamorarse; aquel amor ch'a null amato amar perdona, como dijo el poeta de *La Divina Comedia*. Tuvieron frutos de los trágicos amores; intrigas de Corte y de plebe hicieron que el rey Alfonso mandara matar a su nuera, pues viudo de Constanza, Pedro casó luego en secreto con Inés, que fue apuñalada en Coimbra.

*As filhas do Mondego, a morte escura
 longo tempo chorando memoraram;
 e, por memória eterna, em fonte pura
 as lágrimas choradas transformaram;
 o nome lhe puseram, que inda dura,
 dos amores de Inês, que ali passaram.
 Vede que fresca fonte rega as flores,
 que lágrimas são a água e o nome amores.*
 [Os Lusíadas, 354]

Todo el relato, desde su salida de Lisboa, en un lento autobús, es un festín de paisaje de la naturaleza, a pesar del mes otoñal (noviembre) en que realiza esta visita, presintiendo el festín de espíritu que tan íntimamente él mismo se había preparado. Es el ensayo “Alcobaça”

en el que resplandece con más intensidad la contemplación pictórica de un paisaje lusitano: “Y fue en un hermoso amanecer de fines de noviembre”, “Doraba el arbol del alba las colinas”, leemos al principio del viaje de ida a Alcobaça, y a la vuelta: “Un camino delicioso de campo más abierto que los del Miño y más jugoso”; “Para desquitarme iba pensando en lo que serían los viajes por esa encantadora tierra portuguesa, toda mimo”. Sin embargo, la verdadera razón de ser de este viaje es la visita al solemne y sobrio monasterio bernardo donde descansan los restos de Pedro e Inés. El viajero, desde que conoció la historia de los impetuosos amores y el lugar de su sepulcro, de los amantes, aprovechó la primera oportunidad que las circunstancias le brindaban: era la primera vez que viajaba a Lisboa, por imperativo de amistad, para acompañar a la viuda de su amigo Pedro de Mugica (recientemente fallecido) que embarcaba a Chile. Su desplazamiento a Alcobaça tiene como único fin presenciar físicamente los sepulcros de los amantes para evocarlos una vez más.

Con pesar me despedí de la pétrea caja que encierra los despojos de lo que fue la belleza de Inés de Castro, la de trágica memoria. Y allí queda, entre las blancas piedras bernardinas del monasterio levantado a recordación de la independencia de Portugal. Sólo que el severo monumento, desnudo, solitario, silencioso, recuerda, más que la independencia de la patria, la independencia del amor. Portugal, que como Inés, ha amado mucho y ha amado trágicamente bajo el yugo del Destino, ¿no es un símbolo prefigurativo, un augurio, de esta tierra linda, linda como Inés, víctima también de fatídicas pasiones? Con pena, con pena de soledad, dejé aquella capilla de amor fatídico, y, cruzando el templo, volví a ver la luz del cielo. Sonreían con sonrisa otoñal las colinas, sonreía Alcobaça, un pueblo blanco de caserío, verde de campo, riente, florido, abierto, campesino y noble, industrial e histórico. Su

río es un río de fábricas, empretelado y rumoroso, de esos que mueven artefactos.⁵

Son muchas las citas explícitas a la historia de los amores de Inés y Pedro en varios de los artículos (y no sólo en los directamente referidos a Portugal) que escribió el español. El sentimiento de los amores de Pedro e Inés le acompañó durante toda su vida, aunque ya solamente volvió a contemplar otra vez en Alcobaça los sepulcros de los desgraciados amantes; y fue con ocasión de su segundo y último viaje a Lisboa, en 1935: “Volví a Alcobaça, de que escribí antaño [...]. Allí, las tumbas gemelas de don Pedro y de su Inés de Castro, que si sus estatuas de piedra se irguieran miraríanse cara a cara. Es la tragedia sosegada en piedra de siglos”⁶. Es, por otra parte, el último viaje de Unamuno a Portugal, y a Lisboa, ciudad poco referenciada en sus escritos y donde apenas tenía amigos de verdad, solamente colegas o amigos epistolares (Leite de Vasconcelos, Mário Beirão, António Botto, João Chagas, António Ferro...).

Llama la atención en la evocación de estos amores la atmósfera de dulzura paisajística en que aparecen encuadrados. En efecto, las descripciones de los paisajes de Coimbra y Alcobaça están transidas del más hondo sentimiento del paisaje, perfectamente explicable en el caso de la ciudad universitaria por su frondosa naturaleza y no tanto

5 “Alcobaça”, [1908], OC I: 253-254.

6 “Nueva vuelta a Portugal II”, [1935], OC, I: 725. En 1935, el gobierno de Oliveira Salazar (sin duda, para presentar una imagen benévola del régimen) invitó a conocidos intelectuales (Maeztu, Fernández Flórez, Maeterlinch, Duhamel, Curtius, Valéry, Mauriac, Jules Romain, Maritain, Cocteau, Pirandello, G. Mistral, Couto...), agasajándolos con grupos folklóricos, visitas a diferentes monumentos y ciudades, etc. Este viaje permitió a Unamuno escribir media docena de artículos sobre Portugal (“Junto al Cabo de la Roca”, “Nueva vuelta a Portugal”, “Lisboa y Toledo”...)

en el de Alcobça. Con ser notables descripciones las de otros parajes objetivamente bellos como Braga, Guarda, O Bom Jesus do Monte, etc., desde el punto de vista de la sensibilidad pictórica y visual, no dejan de ser para Unamuno “bonitos” paisajes. La contemplación del paisaje en Unamuno no es plena si no se ha sentido e interiorizado espiritualmente; de ahí que destaquemos las sublimes descripciones de Alcobça y Coimbra⁷.

El paisaje del norte de Portugal (nunca viajó al sur de Lisboa), y sobre todo el de Coimbra, es el que impregna los ensayos unamunianos, de la misma manera que, según él, toda la poesía lusitana está impregnada de ese dulce paisaje: “No hay modo de penetrar en el alma elegíaca de la poesía portuguesa -y en Portugal toda la literatura es poesía-, no habiéndose dejado ganar del hechizo, un poco triste, de su paisaje mimoso.⁸”

Este recuerdo de los amores de Inés y Pedro, siempre envuelto en un entorno de delicada sensibilidad paisajística, consigue la expresión más acabada en la ciudad que más vivamente le recuerda el episodio de los inolvidables amores. Sus viajes a la ciudad universitaria, principalmente el primero (1904), le recuerdan el citado verso camoniano. En las visitas a la ciudad del Mondego

7 “¡Qué difícil de educar es el sentimiento de la Naturaleza! Hay que convenir, por otra parte que el Buen Jesús [el santuario de Braga] es bonito – lo bonito es enemigo de lo hermoso – y es, sobre todo, cómodo. Los honrados burgueses, a los que les sube allá el genial y arrojado elevador, no van a subir por su pie, o montados en un caballo, a lo alto de la Estrella o al Marão. Yo recordaba una ascensión al Marão desde Amarante, y recordaba a Gredos, y recordaba, sobre todo, aquella austera, noble, huesuda y solemne Castilla, que es todo menos un jardín [...]. Y no es que todo Portugal sea jardín, no. Queda en él todavía mucho del bosque bravío, quedan descarnadas peñas, quedan sierras bravías, sobre todo hacia la parte de España” (“O Bom Jesus do Monte”, [1908, OC, I: 232].

8 “Coimbra”, [1914], OC, I: 427).

parece que siempre estuvo acompañado de Eugénio de Castro⁹, por lo que no pudo aislarse con el recogimiento que lo pudo hacer en Alcobaça. Sin embargo, la emoción que le invadió (y que transmite en sus escritos en más de una ocasión) apenas tienen parangón en otras manifestaciones escritas unamunianas de plenitud espiritual.

“Nunca olvidaré la mañana en el regalado sosiego de Coimbra, en el retiro de casa de Eugenio de Castro, en ella, leíamos éste y yo aquel pasaje de *Os trabalhos de Jesus*, de Frei Tomé de Jesus [...]”. Y más adelante, en el mismo artículo, refiriéndose ya al poema de Eugenio de Castro, escribe: “Y en este poema *Constança* aparece por dondequiera, templando y serenando el cuadro, el paisaje estupendo de Coimbra, de esa maravilla de Coimbra, de la que guardo un imperecedero recuerdo. En ella pasé los días más serenos y más fecundos de mi vida, recorriendo en compañía de Castro las riberas del Mondego.¹⁰”. Aunque no alude explícitamente a este hecho, parece que es en este primer viaje cuando en compañía de Eugénio de Castro visita la Quinta das Lágrimas.

Cuatro años más tarde, en el ensayo “Guarda”, evoca la misma atmósfera coimbrana:

Sueñan acaso [los estudiantes del liceo de Guarda] en Coimbra, en la hermosa Coimbra henchida de leyendas estudiantiles. Y yo también, al verlos, me acuerdo de Coimbra, y de los días que, hace ya muchos años, pasé en ella, en aquella encantadora Coimbra, donde resbala el

9 Unamuno a lo largo de su vida cosechó también influyentes amigos en la ciudad del Mondego, como se deduce por su correspondencia: Eugénio de Castro, Mendes dos Remédios, Albino Forjaz de Sampaio, el editor França Amado... (Cf. Marcos de Dios, 1985).

10 “Eugenio de Castro”, [1907], OC, I: 287.

Mondego entre los chopos sollozando las estrofas que Camoens dedicó a Inés de Castro y murmurando cantos de João de Deus.¹¹

Este viaje es de 1914 y sugiere que ha visitado varias veces la Quinta das Lágrimas, aunque no conocemos ninguna fecha concreta de estas visitas: “Y como no pasé el puente, tampoco volví a ver la Quinta de las Lágrimas, la de la leyenda de Inés de Castro, la que inmortalizó con una estrofa eterna Camoens, la que Mauricio Barrès no quiere morir sin haber visitado”, leemos en el ensayo “Coimbra”.

Aun en los momentos más duros recuerda la dulzura del paisaje portugués, que le aparta de los pensamientos trágicos y dolorosos. Nada que ver con la desesperanza que le transmiten las cartas de Laranjeira, ni con los ensayos “Epitafio”, “Desde Portugal”, “Las ánimas del Purgatorio en Portugal”, “Un pueblo suicida”... “Hay algo de dulce y sosegador, y sobre todo de sabio, de muy sabio, en eso que los hombres de mundo llaman aburrirse, y el que quiera saber lo que es la dulzura del aburrimiento, la miel de la modorra, que se venga a Portugal.¹²”.

Unamuno, no de trato fácil y de pluma incisiva (a veces, insultona), se dulcifica en la mayor parte de los artículos sobre Portugal. El paisaje contribuyó, sin duda, pero quizás más sus numerosos amigos lusitanos. Más de una docena de sus artículos portugueses tienen como centro temático obras de sus amigos, lo que nos elucida sobre el valor que concedía a la amistad, que no era, para él, un valor ocasional. Era un verdadero amigo de sus amigos: escribe tres artículos con ocasión del fallecimiento de su gran amigo Guerra Junqueiro; escribe sobre obras de Eugenio de Castro, de Pascoaes, de Antero

11 “Guarda”, [1908], OC, I: 241.

12 “Coimbra”, [1914], OC, I: 430.

dde Figueiredo, etc.. Quizás sean los portugueses (al menos entre los extranjeros) con quienes más intimó, como se puede comprobar en su epistolario (más de 70 correspondientes). Sus encuentros con ellos en Oporto, en Coimbra, en Amarante..., nos elucidan sobre esa fluida comunicación.

En términos generales, los viajes a Portugal del Rector de Salamanca están teñidos de una atmósfera de paz y descanso espiritual que no le proporcionaban su vida en Salamanca y sus trágicas (y buscadas) lecturas de los grandes desesperados¹³. En el ensayo “Guarda” concentra Unamuno, en una sola frase, lo que tantas veces, en escritos públicos o en correspondencia privada, había manifestado sobre Portugal: “¿Qué tendrá este Portugal -pienso- para así atraerme? ¿Qué tendrá esta tierra, por fuera riente y blanda, por dentro atormentada y trágica? Yo no sé; pero cuanto más vuelvo, más deseo volver”¹⁴. Tierra atormentada y trágica, pero también paisajísticamente dulce y sosegadora. Es más, ciertos paisajes portugueses le produjeron los más cálidos momentos de plenitud espiritual, como los que ocurren durante su estancia en casa de Teixeira de Pascoaes, en Amarante, y en la subida al Marão. En el artículo “*Las sombras*, de Teixeira de Pascoaes”, escribe:

La sombra de estas poesías de Teixeira de Pascoaes no se disipará de mi alma sino cuando se disipe de ella la sobra de aquel dulce Tâmega, que va componiendo versos de neblina a los árboles, al mundo y a la

13 En carta del 17.03.1911 escribe a Laranjeira: “¿Qué bien me vendría ir al más olvidado rincón de esa su tierra tan dolorosa pero para mí tan sedante, y echarme al pie de un pino y ver pasar las nubes por entre sus ramas! Pero en vez de eso me enveneno, es decir, leo a *Obermann*, a Vigny, a Amiel, a Quental, a Kierkegaard, a Pascal, a Thomson..., a todos los que pasaron con la conciencia del destino” (Laranjeira, 1943: 169).

14 “Guarda”, [1908], OC, I: 242.

dura roca, elegías de orvallo a la luz divina y endechas de remanso y cantos de agua...: es decir, nunca¹⁵. Al año siguiente escribe al poeta de Amarante: “Pasé en su casa [de Teixeira de Pascoaes], en casa de sus padres y hermanos, todo bondad y cariño hospitalario, unos de los días más apacibles, más gratos y más fecundos de mi vida, salí de allí lleno de gratitud y de gozo y nada le he dicho aún. El trajín de mi vida me va haciendo huraño e insociable. Pero yo quiero que sepa usted, que sepan sus padres y familia, que sepan las buenas personas todas que me hicieron gustar ahí la paz y el encanto de ese rincón que no ha pasado en vano sobre mi corazón el reflejo de las aguas del Tâmega.”¹⁶

15 “*Las sombras*, de Teixeira de Pascoaes”, [1908], OC I: 200.

16 Carta del 20.12.1909, cf. Pascoaes, *et al.*, 1957. En sus escritos sobre Portugal no encontramos descripciones tan íntimamente vivenciales como la que acabamos de enunciar o como las referidas, siempre con Inés de Castro como centro, en los artículos “Alcobaça” y “Coimbra”, aunque es cierto que encontramos verdaderas joyas de descripción paisajística. Veamos en el ensayo “La pesca de Espinho” la descripción de un atardecer: “Días pasados estaba yo en la playa viendo sacar las redes a la hora en que iba el sol a acostarse en sábanas de niebla sobre las aguas. Me aparté un poco del sitio donde vaciaban la red, para mejor gozar de la puesta de sol. Una puesta de una solemne majestad religiosa. Al ir a acostarse entre las leves brumas del ocaso, iba cambiando de forma el globo de fuego, como bajo el toque de los dedos de algún invisible alfarero. Era, en efecto, como cuando la masa de arcilla va transformándose dentro de un tipo general de vasija al toque del alfarero. Luego empezó a hundirse en las aguas, y cuando parecía flotar sobre éstas un pequeño lago de oro encendido, recorríanlo de extremo a extremo vagas sombras. Cruzaban el cielo, sobre las olas, algunas gaviotas avizorando los despojos de la cosecha, y en la arena tendidas las parejas de bueyes, mientras los hombres subastaban la pesca, rumiando aquéllos, afanándose éstos, veían indiferentes, sin mirar, la puesta del sol en el seno del océano. En sus grandes ojos mansos, ojos homéricos, se ponía también el sol en un mar tenebroso. ¡Hermosa evocación! El sol muriendo en las aguas eternas y los peces en la arena, los hombres mercando su cosecha marina, el mar cantando su perdurable *fado*, los bueyes rumiando lentamente sus ornamentados yugos, y allá a lo lejos, las oscuras copas de los pinos empezando a diluirse en el cielo de la extrema tarde. Y junto a los pinos, en la costa, unos cuantos molinos de viento sobrevivientes también de una especie industrial que empieza a ser fósil, moviendo lenta y tristemente sus cuatro brazos de lienzo” (“La pesca de Espinho”, [1908], OC I: 222). Es

El recuerdo de los días pasados en Amarante perdurará en el subconsciente unamuniano por largos años, y así lo comunicará a varios de sus amigos españoles, por ejemplo a Joan Maragall.

Es, por otra parte, el ensayo “Coimbra” el que, en su conjunto, ofrece un resumen de sus más predilectos temas portugueses: en él confluyen la admiración por el pueblo, por el paisaje, por la historia, por la literatura... Se ha transformado Unamuno: no aparece su pesimismo crónico ni el de sus celebrados Antero, Eça de Queirós, Camilo, Oliveira Martins, etc., solamente la alusión a una brillantísima e irreplicable generación...

La universidad, las catedrales, la iglesia de Santa Cruz, el monasterio de Celas, la sepultura de Santa Isabel (la talla de Teixeira Lopes), la Quinta das Lágrimas (en este viaje de 1914 no visita estos dos lugares), etc., están presentes en este artículo: arquitectura, historia y paisaje. Todo en Coimbra le parece admirable, excepto una rémora, una sombra: Teófilo Braga, que se opuso al nombramiento del rector salmantino como socio de la Academia das Ciências de Lisboa, como se desprende de la correspondencia con Eugenio de Castro, su valedor. Este hecho provoca en Unamuno ácidas frases contra el profesor de Coimbra¹⁷.

una descripción objetiva, bella, artística y sentida, pero sin la emotividad que preside a las descritas de Coimbra y Alcobaça.

17 Algunos ejemplos: “El pobre Teófilo Braga, tan simpático y noble carácter como insoportable escritor y horrendo... *poeta*(?), es un símbolo. Venga o no a cuento, ha de sacar a colación a Augusto Comte. Y es un trabajador incansable que ha dado a su patria obras por cuantía de cerca de dos metros de profundidad” (“Desde Portugal”, [1908], OC I: 208); “[...] *nefelibata*, mote que no sé quién introdujera, aunque sospecho fuese el latoso pedante Teófilo Braga” (“Eugenio de Castro”, [1907], OC I: 187); “Creo poder decir varias cosas a [António] Sérgio hablando no del genio español sino del portugués, al que tanto daño le hizo a finales del siglo pasado el positivismo superficial. Es lo que produjo un [...] Teófilo [Braga]” (Pascoaes, *et al.*, 1957: 51).

Pero la verdadera razón de ser de Coimbra es su universidad.

Mas en Coimbra lo que hay que ver, ante todo y sobre todo, es su Universidad, aunque no sea, como monumento arquitectónico, lo mejor, ni mucho menos, que la ciudad tiene. Pero es la verdadera razón de ser de ésta, su hogar.

Ya desde el principio, en el segundo párrafo, muestra el optimismo redentor que le imprime la ciudad universitaria, cuando le surge majestuosa desde el tren que asoma por el norte:

Cuando, al acercarme en tren, se me apareció la visión panorámica de Coimbra, trepando sus casas por la colina en que se asienta y dominada por la Universidad a que hace cabeza su torre, la saludé como a una vieja conocida. Es una torre académica, no una torre eclesiástica, la que corona a la ciudad, académica también, de Coimbra. Ninguna de sus catedrales, ni la vieja ni la nueva, se destaca para lo lejos.

Os saudosos campos do Mondego, las “mansas colinas vestidas de olivos y de pinos”, el cabo Mondego, el luminoso mar..., que se divisan desde la universidad, transportan al rector de Salamanca al sublime paisaje que se divisa desde ella y a la irrepetible generación de escritores de finales del XIX: “Lo mejor del edificio de la Universidad es su emplazamiento, en lo alto de la ciudad, dominando *os saudosos campos do Mondego*, que dijo Camoens. El paisaje que de allí se abarca es de lo más hermoso que en paisaje he visto en parte alguna. Al fondo, el Mondego, el río portugués, la gran cuerda de la inmensa lira que es este pequeño pueblo que suspira y canta a la vera del mar tenebroso. (Así le llamaron ellos a este tan luminoso mar.) Ahora, en pleno estío, medio seco, parecía, como dijo de él Eugénio de Castro, un camino de gigantes. Y allende el río saudoso, allende

el río de lágrimas suspirantes, mansas colinas vestidas de olivos y de pinos, rebaños de colinas ondulantes, un mar de verdura. Y a lo lejos, el cabo Mondego, perdido entre la bruma. Coimbra cabe decir que concentra la historia toda legendaria y poética de Portugal; Coimbra ha sido la iniciadora de sus movimientos espirituales. Hasta la reciente implantación de la república no hubo otra Universidad portuguesa. Lisboa y Oporto, puertos ambos, ciudades mercantiles, vivían otra vida, y Braga, la ciudad archiepiscopal, dormitaba. En Coimbra quemaron sus mocedades, y tal vez se iniciaron en el amor -ésta, la casi única tragedia portuguesa- los más celebrados ingenios lusitanos. Allí despertaron Camoens, Ferreira, Sá de Miranda, Almeida Garrett, Feliciano Castilho, y allí, en tiempos más modernos, cantó la muerte de Raquel, cuya casa se muestra aún, el mayor lírico portugués, João de Deus; allí empezó a profetizar victorhuguescamente Guerra Junqueiro; allí se ensombreció, tal vez meditando la muerte en el Penedo da Saudade (la Peña de la Morriña), Antero; por allí pasó Eça de Queirós. La renovación literaria de Portugal, después de la época romántica, se debe a la llamada escuela de Coimbra”.

De este elenco solamente aparecen individualizados João de Deus, el gran lírico portugués (la lírica fue el gran anhelo de Unamuno, para el que no estaba especialmente dotado)¹⁸; su mayor

18 Del que, en este artículo, escribe: “Quien haya leído en los poetas portugueses, y sobre todo a su gran lírico erótico y elegíaco – ¿pero es que cabe ser lo uno sin lo otro? – a João de Deus, sabrá bien que no hay otra literatura alguna en que el amor haya hablado una lengua tan directa, tan sencilla, tan pura, tan libre de pedantería. Como que aquí, apenas hay otra pedantería que la del amor”. Y en el ensayo “La literatura portuguesa contemporánea”: “Juan de Dios Ramos, conocido por João de Deus, el más grande lírico portugués entre los muertos, es, en efecto, intraducible. Es la sencillez suma, y, como decía una vez Guerra Junqueiro, el más grande lírico portugués entre los vivos y uno de los mayores hoy del mundo, ha llegado a las veces a la expresión única. Y ha llegado a ella en pura sencillez. Porque es difícil encontrar

amigo portugués, Guerra Junqueiro, del que escribió tres artículos con ocasión de su muerte (“Un recuerdo de Guerra Junqueiro”, “Nada menos que todo un poeta” y “En memoria de Guerra Junqueiro”); el trágico Antero (quizás el desesperado más admirado por el también desesperado Unamuno y el escritor portugués más citado por el rector de Salamanca), el cantor del “amor hermano de la muerte [...] en aquel admirable soneto, *Mors-amor*”, “el de aquellos terribles y lapidarios sonetos en elogio de la muerte, de la muerte ‘hermana del amor y de la verdad’, ‘funérea Beatriz de mano helada, pero única Beatriz consoladora’; de la muerte, ‘hermana coeterna de mi alma’; de la muerte, en cuyo seno pensaba dormir ‘en la comunión de la paz universal’¹⁹”, y Eça de Queirós, el escritor de la “enigmática y triste sonrisa” (es la interpretación unamuniana de su busto en Lisboa), “el terrible psicólogo”, “el hombre implacable para las flaquezas de su tierra”, “el que no creyó en la ciudad portuguesa”, “el espíritu supercrítico”, el del “arte tan exquisitamente europeo”.

Y termina el ensayo tal como había comenzado: con una evocación a Inés de Castro, poesía erótico-elegíaca, plácido paisaje, paz y sosiego: “Coimbra, Coimbra, tierra de encanto, ciudad bautizada por las lágrimas de Inés, vivero de la poesía de un pueblo que vive por el amor y por el amor muere. Coimbra, posada como una paloma junto al Mondego, ¡qué remanso en la corriente!”.

nada más espontáneo, más simple, menos artificioso que la lírica de João de Deus. Toda su obra se encierra en un breve volumen (*Campo de flores*) y aun de él podrían muy bien suprimirse dos terceras partes; pero lo que queda es un encantador prodigio de gracia, de frescura y de sentimiento” (OC I: 189-190).

19 “Un pueblo suicida”, [1908], OC I: 244.

REFERENCIAS

LARANJEIRA, Manuel (1943). *Cartas de Manuel Laranjeira* (Prefácio de Miguel de Unamuno). Lisboa: Portugália Editora.

MARCOS DE DIOS, Ángel (1985). *Epistolario português de Unamuno*. Paris: Fundação Calouste Gulbenkian.

PASCOAES, Teixeira de (1957). *Epistolario Ibérico. Cartas de Pascoaes e Unamuno*. Angola: Câmara Municipal de Nova Lisboa.

UNAMUNO, Miguel de (1966-1971). *Obras Completas*. Madrid: Escelicer.